CIUDAD DE LUNAS MUERTAS

INDUSTRIAS GRÁFICAS ESPAÑA, S. L. - Cmte. Zorita, 48 - 28020 MADRID

ANTONIO RODRIGUEZ JIMENEZ

CIUDAD DE LUNAS MUERTAS

ADONAIS
445
EDICIONES RIALP, S. A.
Madrid

De esta primera edición de CIUDAD DE LUNAS MUERTAS, de Antonio Rodríguez Jiménez, se han hecho cincuenta ejemplares (numerados del 1 al 50), para los suscriptores de lujo de ADONAIS, y cincuenta (numerados del I al L), para los suscriptores de honor.

EJEMPLAR NUM. 23

© 1987 *by* Antonio Rodríguez Jiménez

© 1987 de la presente edición, *by*

EDICIONES RIALP, S. A. - CLAUDIO COELLO, 16 - MADRID

ISBN: 84-321-2389-7

Depósito legal: M. 31.584.—1987

Printed in Spain - Impreso en España

MEMORIA DEL POETA

UN dios camina solitario en la sombra,
el sueño entreabre sus puertas
y se expanden los libros
en los pálidos encuentros
con la lengua. Del vacío la soledad
                se instala
en los espejos y los folios en blanco acumulan
los restos que nacen
para acariciar la playa y se escuchan jadeos,
roces, delirios de agonía
                y de amor en las manos,
odios y laberintos al borde de la luz.

EN LA NOCHE

ES la voz encallada que nace y se estrella
presumida en las rocas,
temblorosa canción del poeta que recuerda el olor
de los amaneceres y habla
temeroso, perdiéndose
en la tinta.
La llama se alarga
y se desangra en una habitación de desalientos.
Mi corazón se para en el momento enérgico
de los grandes
espacios y las flores muertas. Porque el idioma
encuentra el dolor que se derrama de la ciudad
cansada.
Porque la noche empuja y celebra
miradas. El cielo no es ajeno a los enormes

brazos que flotan en la estancia para estrujar los
frutos
cálidos del cerebro.
Cuando cierro los ojos y presiento tus pasos
la noche se deshoja y la hierba se expande
rociando el invierno de tu rostro
por un inmenso jardín de palabras,
comprendo, entonces, que en tu pecho el tiempo
se edifica lentamente
como un reloj
que se hunde en la memoria.

ANTE EL ESPEJO

I

UNA dulzura bárbara se abría entre las piedras
y del ojo incendiado nacía la belleza como un cuerpo
pesado que emanara perfumes en abismos
de cielo y mar. Acaso fuera el tiempo que brotaba
en mi boca o el rayo
que se clava con violencia en la tierra,
o simplemente el eco
de garganta redonda
que señala la luz de las bestias sonámbulas.
Una noche de ardoroso verano brotaron flores
de mis labios, los latidos juntaron las estrellas
y las rosas se fueron anudando
en una larga colección
de lunas muertas.

II

LAS almas eran de carne
o quizás consolidadas
por enormes bloques de mármol.
Misterioso caudal, hoguera inmensa,
sepulcro milenario en la sombra de bosques
de mirtos y cipreses.
Tumbas para columnas
de soledad infinita,
fúnebre beso en la humedad última.
En las rocas tranquilas de la costa
te descubrí perdido en la sombra azulada
del espejo, tras remover la arena
nevada de los pájaros,
y comprendí, frágil y fuerte, mis locuras
y mis esperanzas en el océano de las músicas,
empapado y melodioso concierto de la noche,
húmeda primavera que siembra cenizas.

III

LAS aguas, convertidas en oro,
fueron acumulando su luz sobre mi boca
y mis manos se mojaron de estrellas.
Del silencio sonoro, puro, despacioso nació
  lentamente,
en la hora del sueño,
la última aventura y comprendí,
ante el espejo, con intensa dulzura,
que era el momento de navegar en el helado
desierto del alma,
de emprender la agónica pasión de ser mi propio dios.

CIUDAD DE LOS SUEÑOS

DEL vacío del planeta surgen huesos y bosques
y una historia de hombres muertos
y de enormes dioses derramados en la superficie
inmensa del mundo. Las piedras están quietas,
los árboles parados en un violáceo sueño de miserias.

Frío y una ciudad dormida por la que vago
envuelto en una música negra. Cadáveres aplauden
la oquedad de mi rostro despierto, congelación
celeste,
caída de la noche iluminada, yerta.

Todo mi cuerpo tiembla en una nube
gris, en un traje de carne que arroja fuego herido
y cuchillos de sueños.

De golpe el campo vive
porque el silencio sabe
que cuando la hermosura es joven
los labios se entristecen
y el dolor se convierte en sombra de locura.

Aparecen figuras que protegen mi pecho,
la vida se derrama y brilla misteriosa
enardeciendo sombras que el aire puro
abrasa y en la violenta hoguera
de mi oscuro cerebro se extinguen
o engrandecen, obedeciendo siempre
la desgastada ley que arrastro
en la nave de la solemne armonía.

MEDITACION CELESTIAL

EN aquel largo noviembre añoraba
el silbido celeste de la siesta
y el calor escarchado
a través del invierno
cruzar como viento que vuelve
cubierto por penachos gigantes
de un árbol sembrado entre nubes
anegadas por la majestad de un sol hermoso.
Bello y desnudo, lejos
del heroico y jubiloso sonido de la tierra,
una visión entorpeció el ángulo oscuro
del ojo. Palideció la noche,
el cielo helado cruzó la inmensa
soledad de las palabras.
Deshecho, tumbado junto a la candela que ilumina
al hombre ignorante, estaba ansioso
de creación, exquisito enemigo de la razón
fundida que invita a husmear en el aliento
sereno de las cosas.

INSTANTE EN EL CORAZON

PERDIDA la canción se disipó el hechizo
y todo lo que pensé a los veinte años
se convirtió en amor, canción, criaturas
vestidas de guerreros lejanos que subían
una estrecha escalera adornada
de imágenes bellísimas y jardines
enloquecidos por frenéticos versos
de pasiones antiguas.
Ha comenzado la tragedia,
el frescor palpitante
de un corazón sonámbulo que se mece
en una extensa lágrima de soledad.
Una joven caricia asciende con resplandor de cisne
abriéndose camino por la sangre,
y luce su último himno,

hablando de la vida y la muerte,
rociando la palabra en el esfuerzo
muriente de un agua que brilla
y grita día tras día hasta remontar la corriente callada
de las últimas horas.
He fijado tu orgullo en mis ojos
como un enorme laberinto
acompañado de sólidas memorias y he visto las
respuestas
alineadas en una enumeración caótica,
cuando la luz era un fulgor o mirada
tentadora, segura de contener en un punto
el delicado instante del reflejo
oculto en el arco que dibuja
tu mente fragante y el ansia
producida por tu cuerpo en el espejo sobrehumano,
en el hueco agreste que exhala tu desnudo corazón.

A UN DIOS SIN MEMORIA

CUANDO se pierde el aire
un destello ilumina sin límites el cielo,
después otro y se van acumulando las estrellas
colgadas de abanicos.
El mar entonces entona himnos extraños
y hay bancos que conforman
tímidos hálitos de niebla,
se oscurecen las sombras y yo sigo pensando
al son de la marea, desenterrando incursiones
al compás de las olas, chocando levemente
con la espuma en la roca.

Por la noche me disfrazo de pez y salto en la arena,
acaricio miles de guitarras y observo
un triste candelabro que se extingue.

Ansío la fruta, el pan, el vino,
el cuerpo de mujer destrozado en la playa.

¿Dónde está mi memoria?
Es triste que las cosas se hayan enfriado.
¿Quién ha visto mi alma, las uñas,
el desierto? ¿Por qué se ha desgajado esta extraña
ilusión?

Dejadme el candelabro para alumbrar el mundo,
ese viejo laúd que reposa en el barro,
el nido de gusanos que destila silencio.

I

A veces tengo miedo y lentamente
miro con temor el pasado.
El eco de los pájaros se pierde y destrenza
las noches el recuerdo.
Estábamos allí acurrucados en la tarde profunda,
en el cristal callado de las hojas brillantes,
junto a las rosas frías del húmedo verano.
Cuando hablabas de amor caían
los instantes como abrazos de fuego
confundido en los troncos, y el tiempo de tu aroma
nocturno se perdía en el mojado beso de tu labio
enlutado, esculpido en la lluvia secreta
que acariciaba el mundo sumergido
en el ardor profundo de tu abrazo.

II

LAS cáscaras azules se perdían
en un largo laberinto de jardines,
apenas los sonidos de la siesta
se hundían en la hermosura virgen
de la sangre que paseaba por las calles
como un sueño disfrazado de cielo
en los espejos cálidos de mayo.
¿Qué importa el sollozo de las hojas,
la perfumada mano perdida en las acículas,
las ansias de amor y el fruto maduro
del verano incipiente?
Nada tiene sentido si es lejana tu voz,
nada importa si el viento
se remansa sutil en la cálida tierra
de las sombras y es imposible
asir la borrachera intensa de tu cuerpo.

III

EN las calles ausentes el aire triste
caía desordenado como el zumo
de un fruto. Y a cántaros llovían en tu pecho
mis lágrimas de amor petrificadas
por la agonía lenta de la tierra.
Las ramas goteaban el roce
de tus pies en la espesura
arañando conmigo las hojas primeras
de tu piel y tu aliento de flor prendidos
en el umbrío corazón de los pájaros,
en la brisa carmesí de las montañas,
en el corazón que brota
toda la acritud de la pradera,
ese extenso escalofrío
que se instala en tu yerta soledad.

IV

UN preludio de estrellas y de fiebres
sonó por encima de tus labios.
Ha brotado en el bosque
la luz entristecida de los álamos,
de los ecos la noche surgió pálida
como hambrienta luna que se traga
la hierba. Nacimos de los besos
y del fuego secreto maduró la belleza.

V

LOS susurros temblaban colgados en alambres
como pájaros caídos de los astros.
Una noche de mayo recordé tu belleza
y vagué largamente en el sueño
suave de tu piel amorosa.
Acaso no recuerdes el instante sin mármol
en que mis ojos se posaron en tus ojos.
La sustancia derretía chasquidos
sudorosos de caballos cansados, ardientes
anhelos de locura nocturna,
fiebres enmudecidas en la incendiada
arboleda, remotas laderas de rebaños
perdidos, lluvias y laberintos de jardines vacíos.

VI

A espuma olía la calle
mientras atento escuchaba la magia de una flauta
en las zarzas púrpuras de los tejados.
Eran las viejas pestañas de la ciudad antigua
que se diluían en lenta bajada por los cuencos
de las casas. Gaviotas cansadas,
esplendor de verano y un recuerdo de mar perdido
en las orquídeas de una larga siesta vestida de
princesa.
Los instantes estrujan la memoria del tiempo
para soñar primero con toda la intensidad
que conoce el contorno
de nuestro sentimiento. Pero sus formas
son extraños alfileres cuyo pánico impide
que se distinga el hombre,

porque sabemos sólo acariciar espacios
desde fuera del cosmos.
Todavía, cuando paso veloz
albergado en el coche por el estrecho puente
de piedras romanas, toda la muerte se hunde
en el fondo entristecido del pecho
y pienso dulcemente en ese extraño modo de exprimir
el dolor
que late todavía en los ecos tempranos
de un juego. Empieza cada día con el alba
y se desliza en la raída alfombra suspendida
en las innumerables muertes que llevo dentro.

TIEMPO DE RUINAS

I

MUY lejos, en la noche cargada de mimosas,
las notas de las muchachas jóvenes caían
simulando racimos de historias hilvanadas
e inquietas estrellas húmedas en los gritos
de las verdes manzanas.
Ellas leían libros y amaban la belleza,
bebedoras de sangre,
flores enlutecidas por el rumor antiguo
de una pesada muerte. Y en sus rostros
había nieve y azucenas cortadas. Eran como los
pájaros
enjaulados que sacuden la lluvia
bajo sus alas. Cuando las amenaza el aire se visten

de damas, extendiendo su cuerpo
en un ataúd blanco. Sólo temen al sol
y a su murmullo de ramas cuando las golpea
por entre sus muslos, porque sienten la vida
rozar en sus labios nacidos sólo para sorber
el espumoso champán perfumado
de la sangre.

II

YO las he visto mutiladas y rotas,
desperdigadas por un amplio jardín,
lejos de las farolas, en grandes galerías,
custodiadas por sátiros de piedra,
con las cabezas rotas y relámpagos blancos
expirando a sus pies. De la escena fúnebre
sólo pude recoger fragmentos, columnas
abrasadas, cantos envilecidos y exóticos cuerpos
prendidos en las zarzas a través de túnicas rojas.

III

UNA violenta lluvia me despertó del sueño
y en las yedras, entre las ruinas
y el frescor de un torbellino de perfumes,
comprobé que mi oscuro corazón latía
y su rostro no estaba. Lloré por las calles empedradas,
amenacé con gritos la luz, enloquecido
y temblando, con los cabellos sueltos,
su voz sofocada y tímida, tan cálida,
pisoteé los días, la noche y los jardines
y la odié hasta convertirme en un montón
de polvo decadente.

IV

VENERA el dolor llorando de alegría
mientras lleva mezquitas colgadas de su pelo,
como cintas de infierno que penden de sus rotas
pestañas.
Deseo que tu carne emita bellísimos alientos de
dulzura,
exquisitos instantes de fusión con mi cuerpo.
Y ahora, ya me ves, derrumbada mi antigua fiebre
de guerrero, arrojado en esta isla
en el jardín de un templo, cubierto en la noche
de aceites por un largo rumor de abandono
y un fantasmal abismo de tristeza.

VIAJE POR LA CIUDAD

CORREN por entre la sombra las estelas de hierba,
los nudos de papel y los barcos de seda. En un lugar
de aceras el alquitrán destiñe el agua de las calles,
el vaho de naufragios y la tinta en los folios.

Vagaba en azoteas de azabache y gatos grises
auscultando las horas, ramificando sueños,
ordenaba el deseo doméstico de mis ojos de vidrio
y una lluvia desnuda me castigó en el fuego de una
lágrima rota.

Comprendí las secretas razones de mi extraño deseo
de vivir.
Entendí que era posible amar en los rincones de la
monotonía

y habitar en las alas dormidas de otros cuerpos
cansados.
Porque hay puertas que beben en los ojos detrás de
los espejos
y relojes de luz añoran todavía el compás imposible
de una ausencia enjaulada en las azules aguas
de los valles profundos. Porque hay hombres
de cera que han quedado perdidos en recuerdos vacíos
y ya sólo poseen el suicidio del aire
y la penumbra ciega de una muerte cercana.

Es el viento del sur, el plomo del amor
diluido en los besos, el aliento callado de la preciosa
espuma,
el alma inviolada en las plazas abiertas,
el fuego que amenaza a cada instante mis paredes
ahogadas.
Mi esqueleto inmerso en nicotina,
el nombre jubiloso y perdido
en las pupilas tiernas del inútil viaje
que inicié tímidamente bajo la sombra
embriagada del crepúsculo.

DE ARTE

UNA ventana, sola, esparce sus silencios
por largas galerías de naufragios sembrados
una tarde cualquiera en los focos desnudos
de un blanquísimo cuarto. Se exhiben las caricias,
los odios, los anhelos, el fulgor emitido
por racimos enormes de jóvenes y viejos
corazones de artista. Un taller en la sombra,
un triste disparate o el simple mamarracho que cuelga
todavía luciendo tristísimas barbaries
con orgullo infinito.
Mas todo se desgaja, se derrumba el palacio,
quedando la hermosura como único aliento
que exhala el espejo deshecho del cristal.
El fragmento quebrado de una mueca, el trueno
luminoso

de un paisaje, la línea falseada, artificiosa, el eco
hirviente
de heterómeros girando en un mágico murmullo de
colores,
las viejas armonías entonando bellos coros cromáticos.
Del laberinto de formas sólo queda el recuerdo,
el corazón sonoro, la dulzura invisible,
escrita en el deseo de poder contemplar el espejismo,
la atracción imaginaria,
el fruto perdido que cuando llega al culmen
se transforma en la pérdida,
en ilusión soñada, en tenue vibración, en efímero
gozo.

ESPEJO DE UN DIOS

El arte es ser
absolutamente uno mismo.

PAUL VERLAINE

SOLO en mi cielo estoy, albergando el silencio
común de las cosas
y anhelando un hermoso placer que se hunda
en las aguas de un cerebro gastado y revestido de
colores caducos.
Ando por estas calles y soy mi propio dios monótono
y errante,
ansioso de destellos y luces que se extinguen.
Mi paraíso tiene cuatro paredes blancas
revestidas de libros y de folios no escritos
dispuestos casi siempre a ser pintorreados con frases
que reflejen
un antiguo recuerdo de amor o de belleza.
En mi aburrido olimpo dispongo, con mi aliento de
dios,

de inferiores que me adoran
ignorándome, de un río pestilente y de una mezquita árabe.
Paseo por las calles observando la maravilla
creada por la naturaleza: una extensa avenida de escaparates.
Me pierdo por los caminos
de la melancolía, por parajes de flores
y llego algunas tarde a una fuente muy vieja,
allí la paz engrandece mi corazón de dios doméstico
y bebo en las divinas aguas de la Piedraescrita.
El alma se rebosa y mi cuerpo se expande,
y en lugar de vagar, como hice a través de alturas
y huecos, de paisajes leídos, me lamento
por no haberme perdido, enlazado
en tu cuerpo, por no haberte robado tu pobre corazón encendido.

DESPEDIDA

CON agónica inquietud miro hacia la profundidad del bosque
y mi espíritu flota como una hoja, un árbol o una piedra.
Y me doy cuenta que detrás del suave latido de los pájaros
una gigante voz me llama, susurrándome al oído
y un crujido espantoso se me instala en el pecho,
comienza a caer la tarde y todo se oscurece,
hay sombras acampadas en los párpados y se apagan luces
tenebrosas en el perfil de la pupila.
El campo se disipa, el viento se estremece. Ya no queda
de mí nada infinito porque el amor a cada instante se extingue.

El paso de los días muere cada hora,
el viento va cruzando el pretil de la amargura y
apenas queda el tiempo
impreso en unos ojos que respiran lentamente la
muerte.
Después me he ido borrando para siempre y de mi
figura
sólo ha quedado una calurosa asamblea de cenizas,
un ascua
de calor petrificado en un cuerpo, un día silencioso,
un cerco de dulzura o de dicha que contempla
la hermosa borrachera de vivir muriendo cada día
con el tiempo.

ESTUPIDO instante de silencio, místico corazón que añora
los aullidos de un divino muro de lejanos espacios.
Amorosa canción que anuda el viento con los pájaros
y se pierde en el aire espeso de los gritos.
Cuando llueven los siglos pienso en la muerte
y un intenso perfume llueve en la sangre,
todo mi cuerpo vibra a pesar de mis alas mientras floto
en un lejano lugar del cosmos. El sol no me acaricia
y recuerdo lugares y asuntos, triviales historias
y leyendas. Yo era muy joven y jugaba en silencio a ser ángel,
ascendía en un bello jardín de estrellas y rociaba
mi ser en un largo estío, con mis dedos sagrados

tocaba su diminuto cuerpo y las flores caían
como rosas marchitas al besar la hierba suave
de sus labios. De la lluvia nacía la intangible
sensación de la pureza, de la noche surgían templos
y la hoguera de antiguos deseos se iba acumulando
en el paraíso
sonámbulo del mundo. Remansados secretos, dolores
musicales, blancos conocimientos de vidas ensoñadas.
Aquí, en el oscuro fuego de tus pestañas comprendí
que yo era el tiempo, yo era el secreto,
el incendiado arcano que temblaba en la sombra.

ESTRUJO todo el zumo con el libro en las manos
y se caen las estrellas como un hermoso paseo
por los labios. Se escurren las mejillas
y tu cuerpo espumoso de muchacha asciende por los juncos
y la lluvia enjaulada de la muerte acude
a tus pupilas para aguardar aquellos ojos prendidos
en el otro recuerdo. Un murmullo de aves con vistosos plumajes
desprende las últimas manzanas, un deseo de carnes y de diosas,
doncellas de la noche custodiadas por una luna fría
que me acercan al cristal azul de tu memoria,
cuando llegaste prendida al pájaro de invierno,
cuando tu sombra buscaba en los sollozos la tumba
lejana de aquella vida que acaricié junto a tu aliento.

Aquel verano dormías bajo el vestido húmedo
de la tormenta y rodaban nuestras armas oxidadas
bajo las raíces soberbias de almendros y pinos
negros. Cantabas en el fúnebre jardín, amasando
cenizas
y vasos vacíos, en el sollozo lento de una noche
de sombras para arropar los besos con racimos de
labios
y sueños enterrados. Contemplabas el mar
y se hundían las islas porque temían que tu belleza
las colmara
de presagios, porque sabían que tu mirada estruja
las delicias y los cuerpos se transforman en delicados
palacios.
Jamás llegará nadie a esta ciudad de lunas muertas
porque ya saben todos de tu abrazo de bronce,
de tu invierno de sal, de tus labios de humo,
de tus rígidos sueños. El tiempo se paró en el ojo
plateado de este espeso lugar de las bestias hundido
en el recuerdo de otro mundo desnudo en el que
quedan
sólo praderas y rastrojos, besos aniquilados por una
paz inscrita
de la que brota hierba tiernamente al pie de un árbol.

HAY vacío que hiere la superficie húmeda del tiempo,
desdibujada, rota y convertida
en una lámina finísima de sombra. Hay desnudos
escollos
que se elevan en un continuo fuego de memoria
y un ciego que se apoya en el disfraz
de un hierro doloroso. Cada palabra que pronuncia
se amontona y se esparce, invoca soledades, unánimes
silencios, soleados nocturnos, enigmas y bidones,
angustias y metales, sueños y lágrimas.
Vagaba yo tendido por los alrededores y pude ver la
brisa
flagelando mi cuerpo de terciopelo blanco. Despacio,
dormido,
tendido como un niño en la luz arenosa de una playa

contemplé una estación subterránea de muros
transparentes
y músicas escritas en la noche desierta,
peldaños de cristal, criptas de mármol,
ilusiones prendidas por entre las paredes, corales
sarmentosos y rocas deshechas, barcos paralizados
ante preciosos
semáforos en una niebla luminosa de rubíes y
esmeraldas.
Había cementerios, sombreros de ceniza y un cuchillo
de sal junto a los alfileres. Sobre la mano abierta del
paisaje
me disfracé de dios para tocar la hierba de tu cuerpo.
Sobre la avenida de sábanas blancas me arrodillé y
entoné,
junto a la catedral de estrellas, el canto
natural a la vida muerta.

EL invierno está lejos, la canción de la lluvia
impregnada en el asfalto exhala solamente un brillo
tenebroso de miedos y de angustias. Lejano corazón
que contagia
tu cuerpo, calor petrificado en el mágico arco del
cristal.
¡Habéis perdido el tiempo!
Los versos derramados cual licor exquisito yacen
por entre las fibras minerales de la playa.
¡Todo lo habéis perdido! La fragancia, las rosas,
el sustento diario de los animales, el sabor poderoso
de la arena, el humo calcinado de las embarcaciones.
Sólo queda el verano, el viscoso bochorno de la tinta
derretida innumerables veces en los últimos rincones
de los libros.

Y al despertar, con lastimoso temblor, sentirás el
vacío
entre cerros y alfombras, el nombre de un dios se
cegará
en tu cuerpo sembrando de belleza el mármol
luminoso
de tu aliento cansado. Con lentitud, tus labios
borrarán la ceniza acumulada en tus palabras
y un silencio muy largo, profundo
y callado, se instalará para siempre
en la frente entristecida de un viejo muchacho.

INDICE

	Págs.
Memoria del poeta	7
En la noche	8
Ante el espejo	10
Ciudad de los sueños	13
Meditación celestial	15
Instante en el corazón	16
A un dios sin memoria	18
A veces tengo miedo y lentamente	20
Las cáscaras azules se perdían	21
En las calles azules el aire triste	22
Un preludio de estrellas y de fiebres	23
Los susurros temblaban colgados en alambres ...	24
A espuma olía la calle	25
Tiempo de ruinas	27
Viaje por la ciudad	32

Págs.

De arte 34
Espejo de un dios 36
Despedida 38
Estúpido instante de silencio, místico corazón que añora 40
Estrujo todo el zumo con el libro en la mano ... 42
Hay vacío que hiere la superficie húmeda del tiempo 44
El invierno está lejos, la canción de la lluvia ... 46

SUSCRIPTORES DE HONOR DE

ADONAIS

Ejemplar

I. JOSE LUIS CANO.
II. ANTONIO HERRAIZ.
III. CARLOS R. SPITERI.
IV. VICENTE ALEIXANDRE.
V. JOSE CABRERA VELEZ.
VI. JOSE JAVIER ALEIXANDRE.
VII. FRANCISCO J. FERNANDEZ RIVERO.
VIII. JOSE GARCIA NIETO.
IX. RAFAEL MORALES.
X. JOSE MIGUEL IBAÑEZ LANGLOIS.
XI. CLAUDIO RODRIGUEZ.
XII. JOAN GRAELLS PRAT.
XIII. ANTONIO PEREIRA.
XIV. ANGEL APARICIO LAURENCIO.
XV. GUMERSINDO FERNANDEZ C.
XVI. ANTONIO DEL CAMINO.
XVII. RAMON ZORRILLA.
XVIII. RAFAEL SOTO VERGES.
XIX. MARIA CHIRONZE.
XX. PABLO TARRERO RIVERO.
XXI. JOSE GABALDON LOPEZ.
XXII. JUAN J. SANCHEZ ONDAL.
XXIII. FRANCISCO JAVIER PEREZ BAZO.

Ejemplar

XXIV. FERNAN QUIROS.
XXV. FLORENTINO PEREZ-EMBID.
XXVI. FERNANDO SERRANO SERRANO.
XXVII. RAUL CARBONELL.
XXVIII. BENITO PEREZ.
XXIX. JOSE MANUEL GONZALEZ PARAMO.
XXX. RAFAEL GARCIA GARCIA.
XXXI. FEDERICO GALLEGO RIPOLL.
XXXII. LUIS ACEBRON SANCHEZ-FORTUN.
XXXIII. PALOMA MATE CABAÑAS.
XXXIV. JOSE LUIS GONZALEZ BROTONS.
XXXV. ANGEL GARCIA LOPEZ.
XXXVI. FEDERICO SOPEÑA.
XXXVII. ALFONSO LOPEZ GRADOLI.
XXXVIII. ALFONSO CARREÑO.
XXXIX. JOSE LUIS V. FERRIS.
XL. DIONISIA GARCIA.
XLI. JULIO RUBIALES CAMPOS.
XLII. CARLOS J. BELTRAN.
XLIII. EDUARDO FRAILE VALLES.
XLIV. JOSE MARIA DESANTES GUANTER.
XLV. ELOISA ESCAURIAZA AREILZA.
XLVI. ARTURO ORTEGO.
XLVII. JOSE LUIS ROZAS.
XLVIII. LUIS JIMENEZ MARTOS.
XLIX. MIGUEL GALANES.
L. ALFREDO ARNAIZ GARCIA.

Los ejemplares de honor de ADONAIS, que van numerados e impresos en papel offset especial, llevan el nombre del suscriptor y una dedicatoria autógrafa del poeta.

Esta suscripción queda limitada a cincuenta ejemplares

SUSCRIPTORES DE HONOR DE

ADONAIS

Ejemplar

I. JOSE LUIS CANO.
II. ANTONIO HERRAIZ.
III. CARLOS R. SPITERI.
IV. VICENTE ALEIXANDRE.
V. JOSE CABRERA VELEZ.
VI. JOSE JAVIER ALEIXANDRE.
VII. FRANCISCO J. FERNANDEZ RIVERO.
VIII. JOSE GARCIA NIETO.
IX. RAFAEL MORALES.
X. JOSE MIGUEL IBAÑEZ LANGLOIS.
XI. CLAUDIO RODRIGUEZ.
XII. JOAN GRAELLS PRAT.
XIII. ANTONIO PEREIRA.
XIV. ANGEL APARICIO LAURENCIO.
XV. GUMERSINDO FERNANDEZ C.
XVI. ANTONIO DEL CAMINO.
XVII. RAMON ZORRILLA.
XVIII. RAFAEL SOTO VERGES.
XIX. MARIA CHIRONZE.
XX. PABLO TARRERO RIVERO.
XXI. JOSE GABALDON LOPEZ.
XXII. JUAN J. SANCHEZ ONDAL.
XXIII. FRANCISCO JAVIER PEREZ BAZO.

Ejemplar

XXIV. FERNAN QUIROS.
XXV. FLORENTINO PEREZ-EMBID.
XXVI. FERNANDO SERRANO SERRANO.
XXVII. RAUL CARBONELL.
XXVIII. BENITO PEREZ.
XXIX. JOSE MANUEL GONZALEZ PARAMO.
XXX. RAFAEL GARCIA GARCIA.
XXXI. FEDERICO GALLEGO RIPOLL.
XXXII. LUIS ACEBRON SANCHEZ-FORTUN.
XXXIII. PALOMA MATE CABAÑAS.
XXXIV. JOSE LUIS GONZALEZ BROTONS.
XXXV. ANGEL GARCIA LOPEZ.
XXXVI. FEDERICO SOPEÑA.
XXXVII. ALFONSO LOPEZ GRADOLI.
XXXVIII. ALFONSO CARREÑO.
XXXIX. JOSE LUIS V. FERRIS.
XL. DIONISIA GARCIA.
XLI. JULIO RUBIALES CAMPOS.
XLII. CARLOS J. BELTRAN.
XLIII. EDUARDO FRAILE VALLES.
XLIV. JOSE MARIA DESANTES GUANTER.
XLV. ELOISA ESCAURIAZA AREILZA.
XLVI. ARTURO ORTEGO.
XLVII. JOSE LUIS ROZAS.
XLVIII. LUIS JIMENEZ MARTOS.
XLIX. MIGUEL GALANES.
L. ALFREDO ARNAIZ GARCIA.

Los ejemplares de honor de ADONAIS, que van numerados e impresos en papel offset especial, llevan el nombre del suscriptor y una dedicatoria autógrafa del poeta.

Esta suscripción queda limitada a cincuenta ejemplares

ESTA PRIMERA EDICION DE «CIUDAD DE LUNAS MUERTAS», DE ANTONIO RODRIGUEZ JIMENEZ, VOLUMEN 445 DE LA COLECCION «ADONAIS», PUBLICADA POR EDICIONES RIALP, S. A., CLAUDIO COELLO, 16, MADRID, SE ACABO DE IMPRIMIR EN LOS TALLERES DE INDUSTRIAS GRAFICAS ESPAÑA, S. L., COMANDANTE ZORITA, 48, MADRID, EL DIA 8 DE SEPTIEMBRE DE 1987.

ADONAIS

COLECCION DE POESIA

Director: LUIS JIMENEZ MARTOS

ULTIMOS VOLUMENES PUBLICADOS:

425.—Luis López Alvarez: ELEGIACA.

426.—Acacia Domínguez: INCESANTE FUGA.

427.—José Luis Alegre Cudós: DIAS DE TI.

428.—Miguel Alvarez: LA FLAUTA DE CAÑA.

429.—Juan Carlos Mestre: ANTIFONA DEL OTOÑO EN EL VALLE DEL BIERZO. (Premio «Adonais» de 1985.)

430.—María del Mar Alférez: CRIPTOEPISTOLA DE AZARES. (Accésit del Premio «Adonais» de 1985.)

431. — Federico Gallego Ripoll: CRIMEN PASIONAL EN LA PLAZA ROJA. (Accésit del Premio «Adonais» de 1985.)

432.—Santiago Castelo: COMO DISPONGA EL OLVIDO.

433.—Javier Gúrpide: LA LONGITUD DEL VIENTO.

434.—Juan Octavio Prenz: HABLADURIAS DEL NUEVO MUNDO.

435.—Rafael Alfaro: TIERRA ENAMORADA.

436. — Cynthia Hertfelder: RAZON FINAL.

437.—Pedro Miguel Lamet: GENESIS DE LA TERNURA.

438.—Jesús Cueva: LAS PALABRAS DE UN JOVEN INDOLENTE.

439.—Juan María Calles: SILENCIO CELESTE. (Premio «Adonais» de 1986.)

440.—José Luis Puerto: UN JARDIN AL OLVIDO. (Accésit del Premio «Adonais» de 1986.)

441. — María del Valle Rubio Monge: DERROTA DE UNA REFLEXION. (Premio «Florentino Pérez-Embid» de 1986.)

442.—Pedro A. González Moreno: PENTAGRAMA PARA ESCRIBIR SILENCIOS. (Accésit del Premio «Adonais» de 1986.)

443.—Juan Bárbara: LA ALEGRIA, EN SINGULAR, SE ESCOGE.

444.—Rafael Guillén: MIS AMADOS ODRES VIEJOS.

445.—Antonio Rodríguez Jiménez: CIUDAD DE LUNAS MUERTAS.

Las obras que han obtenido el Premio «Adonais» aparecen numeradas en negrita.